

EL P. CLARET, <sup>angel</sup> ~~APÓSTOL~~ DE ESPAÑA

A favor de la perspectiva del tiempo la historia política del siglo XIX español es una noche cruzada por resplandores de pañoles masónicos. Nada tiene de exagerado este resumen de una historia sinies-tra. Esa historia del siglo XIX, sin duda el más brillante de una asociación todavía existente pero anacrónica, permitiría definir a la Masonería diciendo que es una asociación de librepensadores que aprendió a resolver los conflictos ideológicos a tiros o a puñaladas.

Desde el triunfo de los Soviets el comunismo se ha encargado de la tarea de perseguir y asesinar a los fieles de la Iglesia católica, la única Iglesia de Jesucristo, Pero, en su fanatismo, los comunistas "liquidan" también a cualquier inconformista. Y en esa violenta imposición de una ideología satánica - por aquello de que el diablo a veces se muerde la cola - han encontrado la muerte no pocos masones que en otras épocas no habrían formulado ninguna objeción al argumento de la pistola o del puñal.

Durante el tercer tercio del siglo XIX, concretamente en 1866, Madrid era un hormiguero de logias masónicas, que, como las de ahora, no tenían otro objetivo que la descristianización del mundo. Sólo en Madrid había 49, con un total de 21.000 masones, cifra que, teniendo en cuenta la población de la capital de España en aquella época, constituía innegablemente un gran éxito.

Pero Dios envió a España un Angel protector que - según frase del anarquista Jaime Brossa, director del diario "El Diluvio" - fué el "eje de la contrarrevolución". Este Angel protector fué el P. Claret, hoy San Antonio María Claret. Quiso Dios que el P. Claret dejara el arzobispado de Cuba para residir en Madrid a título de confesor de la Reina, doña Isabel II. No es que el P. Claret hiciera política, cosa que reconocía mi amigo Brossa; pero en el ejercicio de su ministerio, en el palacio real y en las iglesias madrileñas en las que el santo

arzobispo confesaba y predicaba infatigablemente, su actividad y su unción verdaderamente apostólicas producían un extraordinario movimiento popular y un franco retorno a la fe de los antepasados.

La reacción de la Masonería ante una campaña recristianizadora que comprometía los frutos de un período revolucionario reaccionó según su estilo: decidió suprimir al popular misionero, empleando la misma táctica que en Holguín (Cuba), en donde el P. Claret había sido víctima de una puñalada que le abrió el rostro hasta rasgarle los maxilares, Morir por la fe de Jesucristo era un vivísimo deseo del P. Claret pero, en prenda de ese anhelo se contentó Dios con cinco libras de sangre, que tal fué el precio del atentado de Holguín. Y cuando la herida infectada exigía una intervención médica, otra intervención más eficaz, ~~la~~ la de la Virgen María, afirmaba él - le curó en un instante.

Se tiene noticia de catorce atentados contra el P. Claret. En su propósito de hacerlo callar suprimiéndolo, la secta consiguió fanatizar a sus fieles instrumentos. Existe una anécdota típica sobre la impresión que producía entre los fieles el apostolado del P. Claret en Madrid y del odio que suscitaba entre los enemigos de la Iglesia. Durante un sermón se convirtió una mujer que llevaba una vida escandalosa. Despechado, el amigo de esta mujer decidió asesinar al santo misionero. El plan urdido para llevar a cabo su proyecto parecía una garantía segura de éxito. Un amigo le secundaría eficazmente. Los dos amigos alquilaron un pisito en el barrio de la Inclusa. Convinieren entonces que uno de ellos - el resentido por la pérdida de la amiga - fingiríase enfermo, mientras su camarada acudiría, durante la noche, a llamar al P. Claret, pidiéndole por favor que fuera a confesar a un enfermo grave. Cuando el P. Claret estuviera en la casa le asesinarían y desaparecerían luego del piso. ~~Al~~ poner en práctica el plan surgió una pequeña dificultad: el P. Claret ya no salía solo durante la noche. El arzobispo salió pues de ~~su~~ casa acompañado de su capellán y del hombre que había acudido a solicitar sus servicios. Al llegar al pisito entró

en la habitación del supuesto enfermo. Un momento después el santo misionero salía de la habitación diciendo que allí no había un enfermo sino un cadáver. Efectivamente, al entrar los tres en la habitación un horrible espectáculo se ofrece a sus ojos. El hombre que se proponía asesinar al P. Claret se halla muerto en su cama. Tiene un puñal en la mano y una mueca espantosa ha quedado impresa en su rostro. No se trataba de un suicidio sino de una muerte repentina. Poco después el capellán del P. Claret se retiraba a otra habitación, mientras el compañero del difunto se confesaba a los pies del santo misionero ante el cadáver de su amigo. El penitente autorizó a su confesor para divulgar el hecho callando los nombres. Y la policía no supo nada de lo ocurrido.

Obsérvese que sin la intervención divina el P. Claret y su capellán debían fatalmente morir en aquella casa. Entre los muchos peligros que amenazaron la vida del santo misionero acaso fué ese el más grave, tan grave que para que el criminal proyecto fracasara fué preciso que Dios desarmara al criminal arrebatándole la vida. Como el "Deus ex machina" de la tragedia antigua, la providencia de Dios funcionó en ese caso con una espeluznante puntualidad. En ese episodio tuvo Dios misericordia de una mujer y de un hombre, pero su justicia condenó al más perverso. Indudablemente no interesaba a Dios que el martirio pusiera fin al apostolado del Angel de España. Le bastaba a Dios la sangre derramada en Holguin por el santo misionero. Los dos atentados indican claramente la voluntad de Dios: en Holguin la ofrenda del martirio es aceptada, pero una intervención milagrosa cura las heridas del misionero. Esa curación milagrosa no podía ser más elocuente: la misión del Angel de España no podía ser interrumpida por sus enemigos. En caso de urgencia, como en el plan del asesinato referido, intervendrá Dios quitando la vida de un criminal y convirtiendo al otro. ¿Se daba cuenta el P. Claret de su inmunidad? Probablemente no, porque él seguirá suspirando por el martirio. Dios no permitirá que su Angel, el Angel de España, caiga a tiros o a puñaladas. Le reservaba, eso sí, el martirio de

de la calumnia y la difamación. Esa forma de persecución le acompañará durante el resto de su vida y se convertirá en el guardián de su sepulcro. Podrá retrasar su beatificación y canonización, pero no impedirá que el misionero sea elevado al honor de los altares. El P. Claret sufrió atrozmente los efectos de la calumnia, pero Dios le colmó de serenidad y buena salud, que son las gracias necesarias a un hombre de acción.

Para comprender algo sobre la gracia de la inmunidad con que Dios ~~xx~~ favoreció a su misionero conviene tener presente que en los momentos más difíciles de su apostolado en Madrid se produce el hecho más trascendente de su vida. El día 26 de Agosto - fecha que los devotos del P. Claret deberíamos conmemorar cada año de una manera especial - estando él en oración en la capilla del Rosario de La Granja, Dios le comunica que le concede la gracia de conservar incorruptas en su pecho las especies sacramentales, de comunión a comunión. Y dicho esto le ordena "rogar para hacer frente a todos los males de España" La Virgen María le confirmó la realidad de este prodigio el día 16 de Mayo del año siguiente. Durante nueve años y dos meses, o sea hasta el día de su muerte, el P. Claret fué un sagrario viviente. Cuando pasaba él, pasaba el Santísimo Sacramento. Esta gracia tan extraordinaria, explicada por él mismo en la autobiografía que escribió por obediencia, fué un secreto para todo el mundo, menos para su confesor, Pero algo adivinaban de esas ciertas personas espiritualmente muy sensibles. El obispo canadiense, monseñor Lafleche, que lo conoció en Roma, decía que en presencia del P. Claret se sentía "como ante el Tabernáculo".

Siempre he creído que constituye una interpretación correcta relacionar este prodigio con el odio que entre los enemigos de la Iglesia suscitaba el P. Claret. El Cielo había decidido que no podrían tocarle. El constante deseo del misionero, el deseo del martirio, había sido aceptado - y el atentado de Holguín era una prueba de ello - pero no hasta la muerte. La milagrosa curación después de aquél atentado proclamaba

que Dios se complacía en la actividad apóstólica del misionero pero que se lo reservaba para otras misiones, La principal de esas misiones era la de ser el Angel de España. Y el Angel de España no abandonaría su puesto mientras su misión fuera posible. Los enemigos nada podrían contra él.

Es eso, - y permitidme decirlo, porque ciertas cosas, vistas a distancia, se comprenden mucho más, - lo que el P. Claret no sabía. El que leía las conciencias, que dos años y diez meses antes de su muerte la anunciaba casi a fecha fija, no sabía que, consagrado como sagrario viviente, sus enemigos no podrían suprimirlo. Conocía el tiempo de su muerte, pero no sabía la forma de muerte que le estaba reservada, como lo demuestra el hecho de que durante el Concilio Vaticano deseaba derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de la infalibilidad pontificia. Esa ilusión del martirio se la conservó Dios toda la vida.

Era el P. Claret el Angel de España y no se daba cuenta de ello. Y no quería Dios que su Angel abandonara su puesto. La presencia real de Jesucristo en el pecho virginal del P. Claret era - ahora se ve claramente - una garantía secreta de invulnerabilidad del Angel de España. No pueden los hombres matar a un Angel. Es todo eso lo que el P. Claret no sabía. Dios tiene su estilo, San Tarsicio murió llevando el Santísimo Sacramento, Pero Dios puede poner límites al crimen.

Había permitido Dios que el Cuerpo Sacramentado de Jesucristo habitara en el pecho del P. Claret, confirmándole desde el momento del prodigio como Angel de España. El P. Claret era un portante de Cristo, un "Christoferens",

El sabía que era un sagrario viviente, pero no sabía que esa dignidad, superior a la de los ángeles, le inmunizaba contra el odio satánico. Sabía muchos secretos el P. Claret, pero no podía ni soñar que fuera el Angel de España. Y claro está, los ángeles no pueden morir a tiros ni a puñaladas.